

SUSTANTIVAS Y ADJETIVAS

Analiza las oraciones en negrita

En la noche de bodas el marido de Prudencia llamó por teléfono a su madre. Prudencia creyó que era una costumbre y llamó a la suya. La madre le echó tal bronca que se puso a llorar. Que ya no eres una niña, le decía. Qué va a decir tu marido. Y ella no entendía nada, la pobre. Se metió en la cama toda compungida y no supo decirle al marido el motivo de su llanto. Él pensó que tenía miedo a la primera vez. Había oído decir que el pudor de la recién casada se parece mucho al miedo. Le acarició la cabeza y le apartó las lágrimas con los dedos, la acurrucó en su hombro y esperó a que dejara de llorar. Mientras Prudencia esperaba que le hiciera el amor, y continuaba llorando sin entender nada, él siguió esperando a que dejara de llorar. Así pasaron la noche de sus bodas.

Algún amor que no mate. Dulce Chacón

Regresar a «Los Negrals» no fue fácil para ninguna de *las sirvientas que se enrolaron en las milicias*. Algunas volvieron con un pañuelo calado hasta la frente, intentando *ocultar la humillación que señalaban sus cabezas rapadas*. Pero Isidora llegó con su melena entera, resbalando en desorden sobre sus hombros, y *a ella no le ocurriría lo mismo que a las mujeres que alzaron poco a poco la mirada* según iban creciendo sus cabellos. Cuando Isidora regresó, y se vio obligada a recibir a los marqueses de Senara con la hija de Quica, no pudo mirar a la cara a los padres de los testigos de su ultraje, *tapó con sus párpados el espanto que llevaba en los ojos* bajando la vista, y *pensó que nunca volvería a alzarla*. Para Isidora, regresar al cortijo *supuso creer que quedaría abatida para siempre*.

Doña Carmen lo arregló todo para que *su sirvienta mantuviera el secreto que debía guardar. En presencia de Modesto, le aseguró que nunca la delataría, mencionó su pertenencia a la milicia, el asesinato del soldado que mató a Quica y la confesión de Isidora ante su hija Victoria* como testigo, *y mostró la medalla que probaba todo cuanto decía, pero nada dijo sobre la violación que había sufrido Isidora. Y nada escapó a las previsiones de doña Carmen*. Cuando acabó de informar a Modesto del peligro que corría Isidora, *le dijo que podía regresar a la cocina con Justa*. Una vez a solas con la sirvienta, antes de ordenarle que fuera a recibir a la hija de Quica, *le preguntó si conocía carnalmente a su novio*.

¿Que si le he visto la carne?

Que si te has acostado con él, Isidora.

¿Y por qué tengo que decírselo a usted?

Por si te has quedado embarazada. Si has estado con él, el hijo puede ser suyo.

Isidora le contó que se había entregado a Modesto antes de irse al frente, pero sólo una vez. Y **doña Carmen dispuso que Modesto se hiciera cargo de unas tierras de labranza, Y le ordenó construir una vivienda** para que se casaran de inmediato.

Y se casaron, en la sacristía de la iglesia parroquial, donde ambos juraron previamente la renuncia a sus ideas socialistas cumpliendo las exigencias de don Matías, que se negó a officiar el sacramento del matrimonio si los contrayentes no abjuraban de sus convicciones. El novio juró para salvar la vida de la novia, sin saber que ella juraba para salvar la de él. Doña Carmen firmó como testigo.

El matrimonio se instaló en la casa que construyó Modesto en menos de un mes, a las afueras del cortijo. La recién casada iba y venía a «Los Negrales», corriendo siempre, con el temor de encontrarse en el camino a los que no deseaba volver a ver nunca. Sabía que aquel encuentro era inevitable, que los hijos de los marqueses de Senara se cruzarían con ella. Corría. Y antes de correr, cada mañana, cuando su marido ya se había marchado al campo, manipulaba en su interior una ramita de perejil, después de haberse encaramado a la mesa camilla y de saltar con ímpetu al suelo para deshacer lo que temía que el destino había hecho. Corría hasta la extenuación, tras haber repetido los brincos desde la camilla una y otra vez, sintiendo que llevaba una herida en lo profundo que sólo podía curarse si sangraba.

Pero Isidora podría haberse evitado tanto esfuerzo, porque en su vientre no había embarazo. Y lo supo una tarde, al levantarse de la silla de anea donde estaba cosiendo. **Joaquina repasaba a su lado el dobladillo de un vestido azul. Le dijo que se había manchado la falda, y se extrañó** al verla sonreír.

Chacha, qué pocas entrañas tienes. ¿No te han dicho a ti que los hijos son la alegría para un matrimonio?

Los hijos que manda Dios, Joaquina.

Cucha, ¿y quién había de mandarlos? ¿Es que tú no quieres preñarte?

Ahora sí.

Cielos de barro. Dulce Chacón